

HOMILÍA VII DOMINGO TIEMPO ORDINARIO – 2011

CICLO “A”

Jesús nos invita a sentarnos a su mesa.

Como tantos domingos en nuestra vida, nos reunimos hoy también en torno a la mesa de la Palabra y de la mesa de la Eucaristía.

Somos una comunidad de escucha de la palabra de Dios.

Somos una comunidad que celebra el Memorial sacramental de Jesucristo.

Nos reunimos como comunidad fraterna que supera divisiones, enfrentamientos, resentimientos.

La Eucaristía es manantial de comunión y exigencia de compartición de nuestros bienes con los pobres, los necesitados.

1.- Las lecturas

*** Libro del Levítico 19,1-2.17-18.** El autor de este libro nos transmite la voluntad de Dios para nosotros: “sed santos porque yo, vuestro Dios, soy santo”. Además nos recuerda el precepto del amor: “amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

*** Salmo responsorial 102.** El salmista hace un hermoso himno y una bella confesión: Dios es compasivo y misericordioso. No temamos porque Dios nos ama y nos acoge en su infinita misericordia.

*** Primera Carta de san Pablo a los Corintios 3,16-23.** Como nadie lo ha pensado ni dicho, San Pablo nos presenta cómo debe ser nuestra vida: “todo es vuestro; pero atención, vosotros sois de Cristo; y, atención mayor, vosotros sois de Dios. Por eso, lo importante es que seamos de Cristo para Dios.

*** Evangelio según san Mateo 5,38-48.** Jesús llega más allá del precepto del Levítico. Jesús nos pide que nuestro amor llegue hasta amar a los enemigos, a los que nos hacen mal. Cristo suprime la causa de la enemistad ya que él ha destruido el muro del odio que existe entre las personas, los pueblos, los grupos, los colectivos, dividiéndolos, enfrentándolos (Ef.2, 14-16).

2.- Sugerencias para la homilía

2.1.- Llamados a ser santos

Es posible que al escuchar o leer esta llamada e invitación, no pocos -¿también nosotros?- se queden sorprendidos. ¿Cómo es posible que el Señor me llame a mí a ser santo? Si yo me conozco como soy: con mis debilidades, flaquezas, pecados, experimentando la tentación...

Es verdad que si nos miramos con sinceridad, nos descubrimos así.

Pero también es verdad que Jesucristo no ha venido a llamar a los justos y a los santos, sino a los pecadores, a los alejados de Dios...Y ahí nos encontramos todos. Jesús salió a nuestro encuentro -a tu encuentro- y nos ha llamado -te ha llamado- para que lo sigamos de cerca, para iniciar un camino nuevo, para volver a la Casa del Padre, para acercarnos a Dios, para ser santos...

Esta es la buena noticia que hoy os entrego y confío: el Señor te llama a ti, a todos, para que seamos santos. Abramos los oídos del alma para escucharla; abramos el corazón para acogerla. No nos mostremos indiferentes ante esta invitación, como si no fuera con nosotros, como si no fuera contigo. No pensemos que nosotros nada podemos hacer ya....No nos dé miedo escuchar una y mil veces esta invitación de Jesús y darnos cuenta que nuestra alma se conmueve con sólo escuchar estas palabras.

Lo que a nosotros nos puede parecer imposible, inalcanzable, un sueño...no lo es para Dios, que nos acompaña siempre, que nos ayuda en nuestra fragilidad, que no se cansa nunca de esperarnos, que no cesa nunca de llamarnos e invitarnos...a ser santos de verdad.

¡Si supieras cuánto te ama el Señor!

¡Si supieras cuánta alegría hay en el cielo por un pecador que se convierte al Señor!

2.2.- ¿Qué es la santidad?

En pocas palabras podemos decir que la santidad tiene como una doble dimensión esencial:

* por una parte, la santidad es participación misteriosa pero real en la misma vida de Dios que llega nosotros por medio de Jesucristo “de quien recibimos gracia tras gracia”, y por medio de la fe y de los sacramentos que son manantiales de la gracia y santidad. La santidad es vivir en Cristo-Jesús, como Pablo: “vivo yo pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí” (Gál. 2,20); la santidad es “ser y pertenecer a Cristo” (ICort., 3,23), y,

* por otra parte, la santidad implica también un componente, que podemos llamar ético: la práctica de la justicia, de la paz, de la

mansedumbre, del perdón, de la misericordia... El cristiano no debe vivir de espaldas a las exigencias morales del Evangelio.

Vemos, pues, que la santidad no nos aleja de Dios ni nos separa de los hombres, antes bien nos une a Dios fuente de gracia, y nos vincula a los demás, que son hermanos nuestros.

Si fuéramos de verdad santos, nuestro mundo sería mucho mejor, nuestra historia sería una historia de gracia y de vida, los hombres no seríamos enemigos ni indiferentes ante el dolor ajeno, ni hacedores de maldad, sino hermanos, amigos... Los santos los auténticos bienhechores de la humanidad.

Es verdad que hemos de vivir los valores humanos pero en la perspectiva y dinámica del Reino de Dios: “buscad primero el Reino de Dios y su justicia”, que es con mucho lo mejor; lo demás se nos dará por añadidura. No nos equivoquemos ni nos perdamos en vanas discusiones que no conducen a ninguna parte. Busquemos lo esencial: “Nada te turbe... Todo se pasa... Sólo Dios basta” (Santa Teresa de Jesús).

Benedicto XVI ha dicho a los jóvenes: “abrid el corazón al heroísmo de la santidad en la existencia de cada día”. “Os aliento a proseguir llevando a cabo un valiente apostolado por los hermanos en dificultades, y os exhorto a testimoniar el Evangelio de la caridad, difundiendo la luz, la paz y la alegría de Cristo resucitado” (Audiencia general, 9-II-2011).

2.3.- Perdonemos siempre

Jesús va más lejos que el precepto del Levítico que hemos proclamado y escuchado en la primera lectura de esta Misa. Jesús nos pide hoy en el evangelio lo siguiente:

- “A quien te pida da, al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda”
- “Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan”
- “Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial”

¿Estoy dispuesto a perdonar a quien me ha ofendido?

¿Predico el evangelio del perdón?

No nos dejemos guiar por la venganza, ni por el odio... No nos dejemos guiar por la ley de talión: ojo por ojo, diente por diente. Esto no nos lleva a ninguna parte ni nos hace felices.

¿Me dejo llevar por la venganza y el odio?

Jesús propone algo más que la mera justicia.

Jesús quiere caridad fraterna, generosidad, entrega, misericordia.

Jesús nos invita a perdonar. Teniendo fe en Dios que nos perdona y nos acoge, nosotros podemos perdonar a los demás ya que el perdón divino y el perdón mutuo están íntimamente vinculados entre sí.

Jesús nos invita a amar a nuestros enemigos. El amor a Dios y el amor a los hermanos están también íntimamente vinculados y relacionados entre sí.

Como el Padre nos ha perdonado, hemos de perdonar nosotros: “Padre, perdona nuestros pecados, como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido”, rezamos en el Padrenuestro..

¿Hay alguien al que no he perdonado todavía y de todo corazón?

Realizar lo que nos manda el Señor no es tarea fácil ni cómoda. Es exigente. Nosotros no podemos realizarlo con nuestras propias y solas fuerzas; necesitamos la ayuda del Señor. Pero no desesperemos; Él siempre está a nuestro lado para ayudarnos; confiemos en Él.

Un reto que todos tenemos por delante es construir la “civilización del amor”, que comienza por el respeto sagrado a todo ser humano. El mundo, la sociedad, los matrimonios, las familias...necesitan con suma urgencia que edifiquemos en ellos esta civilización del amor.

3.- De la Palabra proclamada a la Eucaristía

La palabra de Jesús nos ha exhortado e invitado al perdón, a la reconciliación. La Eucaristía es el sacramento del sacrificio de Cristo por la salvación de la humanidad. Descubramos con emoción y gratitud el misterio insondable de la Eucaristía.

4.- De la Eucaristía a la misión

El sacerdote nos despide dándonos una vez más la paz del Señor. Y también nos envía al mundo para ser testigos aquí de lo que hemos visto y oído, de lo que hemos celebrado: “el misterio de la piedad y de la misericordia que es Jesucristo”. Así podremos construir la civilización del amor, sembrar en la conciencia de las personas la paz y el amor, el perdón y la misericordia. Así podremos construir puentes de encuentro y de entendimiento entre las personas, los pueblos. Así podremos desterrar de todos y de cada uno el odio y la venganza, la hipocresía y la calumnia, la violencia y la agresividad, el insulto y al descalificación de las personas...

Terminamos ya. Unidos en la plegaria
Cáceres, 14 de febrero de 2011

Florentino Muñoz Muñoz